

LA ÉTICA DEL CUIDADO COMO CLAVE DE RELACIÓN EDUCATIVA

Luis Aranguren Gonzalo*

Resumen En el cambio de época que transitamos emerge la ética del cuidado como paradigma alternativo al orden social económico y político que nos ha traído hasta aquí. En el presente estudio abordamos la necesaria deconstrucción del cuidado funcional a la lógica economicista, así como a la relación educativa marcada por el éxito, el triunfo personal y la desatención al otro. En paralelo se articula una propuesta educativa centrada en el cuidado como clave de una relación educativa novedosa y cargada de sentido transformador de la realidad. El cuidado así será portador de una manera de habitar la Tierra, o de lo contrario la especie humana correrá serio peligro de extinción. Las nuevas generaciones son sensibles a esta nueva situación.

Palavras-clave Cuidado, paradigma educativo, ética, vínculo, valores

Abstract The ethics of care emerges as an alternative paradigm to the economic and political social order that has brought us to this point in time. In this study we address the necessary deconstruction of care that is functional to the economic logic, as well as to the educational relationship marked by success, personal triumph and neglect of the other. At the same time, we articulate an educational proposal based on care as the key to a new educational relationship charged with a sense of transforming reality. Care in this way will be the bearer of a way of inhabiting the Earth, or else the human species will be in serious danger of extinction. The new generations are sensitive to this new situation.

Keywords Care, educational paradigm, ethics, attachment, values

* Profesor de ética en Universidad Complutense de Madrid. Formador-consultor no domínio da ética e da educação https://es.wikipedia.org/wiki/Luis_Aranguren_Gonzalo

1. Tiempos de cuidados¹

En un momento histórico donde reclamamos cuidados en medio de las amenazas que nos acechan como especie humana, reclamo como educador el cuidado como nuevo paradigma de civilización y, por tanto, educativo.

Durante esta última década han crecido notablemente los estudios e investigaciones acerca del cuidado en los diferentes ámbitos de la convivencia. Es un término que nace en la esfera de la atención sanitaria y del trabajo social, y poco a poco ha inundado el resto de parcelas, también la educativa. La eclosión de la pandemia del covid 19 elevó el cuidado a la categoría ética por excelencia, y en ese estado de postración planetaria nos convencimos de aquellas palabras que Leonardo Boff viene predicando en el desierto de la incredulidad desde hace no pocos años: “o cuidamos o perecemos como especie” (Boff, 2002)

En efecto, el cuidado saltó las barreras de las clases sociales, de los territorios, de las identidades particulares y de los grupos de interés, para hacernos sentir miembros de la misma especie. Y es la especie humana la que corre serio peligro de extinción, habida cuenta que la pandemia, así como la violencia y el peligro de la guerra nuclear eclipsan la gran amenaza que se cierne sobre nosotros: el cambio climático.

Es en este tiempo cuando hemos sido conscientes de los descuidos que hemos ido implementando en nuestro habitar sobre el planeta Tierra. Descuidos que hemos trasladado al mundo educativo. Entiendo por descuido la desconexión con lo real, la des-vinculación con lo vivo, de tal suerte que se ha fomentado una triple des-vinculación:

- *La desvinculación con uno mismo*: que alienta la dispersión y la distracción individual y la ausencia de reflexión. El resultado educativo es la incentivación de un aislamiento cada vez mayor. El deterioro de la salud mental en no pocos adolescentes, durante estos dos últimos años, parte de la incapacidad educativa para ayudar a reflexionar sobre los acontecimientos de la vida que estamos atravesando en este momento como humanidad. La magnitud de lo vivido excede la experiencia de saber estar en uno mismo, que en este tiempo es mínima.
- *La desvinculación con los otros*, desde una tradición donde el “yo pienso”, “yo hago”, “yo digo”, se articula como nudo generador de actividades. En ese escenario resulta muy difícil adentrarse en la relación como elemento nuclear de nuestra condición humana. Sin

¹ El encargo que se me ha propuesto para escribir parte de lo mucho ya reflexionado y trabajado en dos obras que he escrito recientemente: *Es nuestro momento, El paradigma del cuidado como desafío educativo*, Fundación SM, Madrid, 2020 (traducción en portugués: *É o nosso momento. O paradigma do cuidado como desafio educativo*. IPAV & Fundación SM., 2021) y *Tiempo emergente. Meditaciones desde la ética del cuidado*, Khaf, Madrid, 2021.

experiencia de vínculo con el otro se extravía la responsabilidad: no hay nudo que me ate al otro. Al decir de Lévinas solo la responsabilidad me anuda al otro, desde la experiencia de que el otro me reclama y me solicita (Lévinas, 1991) La desvinculación con los otros es la cuna del dominio y el sentido posesivo hacia esos otros que finalmente pierden la condición de sujetos.

- *La desvinculación con el planeta*, en tanto que la condición de propietarios ha prevalecido sobre la de moradores. El planeta es nuestra casa común y los descuidos que pueden concentrarse en los efectos de cambio climático que ya percibimos en nuestra vida cotidiana, no son más que los efectos de cientos de años en los que el ser humano, especialmente en nuestro occidente depredador, ha entendido que todo vale con tal de crecer económicamente. El PIB ha desbancado cualquier otro tipo de medida de crecimiento humano y de desarrollo sostenible.

Con todo, la persistencia de los descuidos ha alumbrado un tiempo de cuidados sobre los que debemos ser cautelosos y críticos. El mercado todo lo integra, y de la misma forma que la solidaridad se convirtió en objeto de consumo acrítico durante los años 80 y 90 del pasado siglo, en este momento el cuidado es absorbido por el sistema, suavizando cualquier arista crítica y haciendo del cuidado un mero mensaje de marketing. La compañía de seguros más importante de España tiene como lema “Te cuidamos”, al tiempo que no pocas empresas que hacen negocio con las residencias de personas mayores, cambian el nombre de sus empresas por otros nombres que comienzan con el prefijo “cui”, de cui-dar.

Del mismo modo, en el campo educativo y tras la pandemia, aparece el cuidado como reclamo casi publicitario. Reclamo para clientes, no para ciudadanos. Por eso, lo primero que hemos de hacer, desde el punto de vista educativo, es desenmascarar las falsas concepciones del cuidado que surgen entre nosotros, dentro y fuera de la esfera educativa. Es preciso dejar de alimentar ese cuidado bonachón, insípido, que no cuestiona ni transforma.

Con alegría he podido ir comprobando cómo durante estos últimos años en muchos centros educativos el cuidado se está tomando en serio como un nuevo modo de entender las relaciones educativas. Nace una nueva sensibilidad más cuidadosa con lo real, que teje relaciones más auténticas y que busca fuentes de un cuidado necesario. Y, al mismo tiempo, quizá no se toca fondo aún del todo. Es decir, no se llega a comprender que el cuidado emerge en este tiempo como una enmienda a la totalidad del tipo de vida que estamos viviendo y que nos conduce a una catástrofe planetaria. Hay mucha buena voluntad y quizá falte la perspectiva de fondo que atesora el cuidado cuando se afronta de modo sistémico.

Es Walter Benjamin, antes de la II Guerra Mundial, quien formula el término “avisador de fuegos”, y que representa la necesidad de que alguien realice esa llamada de atención sobre los riesgos que está tomando nuestra civilización aparentemente imbatible. El cuidado aparece entonces como ese avisador, que no es profeta de calamidades, sino testigo de una revolución personal y colectiva que debe comenzar por el acto educativo.

2. La educación que deviene en meritocracia

Durante el confinamiento originado por la pandemia, el filósofo y escritor argentino Hugo Mújica expresó en una entrevista televisada que, al *escuchar* lo que estaba sucediendo en el planeta, encontraba un mensaje inapelable: la vida era estrecha tal como tal veníamos viviendo. Esa estrechez tiene que ver con dimensiones de la realidad que se complementan: se trata de la descripción de un tipo de desarrollo y de civilización que ha doblado su apuesta por la acumulación sin criterio, la producción indefinida y el consumismo desmedido haciendo la guerra a la vida, a los recursos naturales del planeta.

Esta manera de entendernos ha necesitado un tipo de educación funcional, incapaz de cuestionar este sistema de vida y de convivencia. Una educación en la que la mayor parte de nosotros ha crecido y ha bebido de ella. Cuando a mis 16 años estudiaba mi último curso de la etapa escolar, pendiente de las carreras universitarias con futuro y las notas que exigían para entrar en ellas, me encontré con un poema de José A. Goytisolo que, cantado por Paco Ibáñez, me ha acompañado desde entonces. Su título es tierno: “Me lo decía mi abuelito”; su contenido es absolutamente revolucionario y disidente.

Representa la crítica feroz a un tipo de educación que busca ante todo ser los primeros, pese a quien pese, cueste lo que cueste, haciendo del éxito personal la clave de una vida ... ¿feliz? Esa es la cuestión. Retengo unos versos bien expresivos: “¡Anda muchacho/dale duro!/la tierra toda el sol y el mar/son para aquellos que han sabido sentarse sobre los demás”. Palabras duras, despiadadas. El mérito va aparejado a ser fuerte y no mostrar ninguna debilidad. “Sentarse sobre los demás” es la síntesis de una educación que alienta el darwinismo social, y el triunfo del fuerte sobre el frágil. Esta apuesta da alas al individualismo posesivo que entiende que los demás son o pueden ser objetos a los que puedo manejar a mi antojo. Los otros son aquellos que están a mi disposición.

Ciertamente, el esfuerzo, la constancia y pulir las capacidades personales forman parte de todo proyecto educativo. El problema es la orientación que otorgamos a la educación: hacia qué tipo de persona y para qué tipo de sociedad educamos. Si confundimos excelencia con meritocracia o competencias personales con la competitividad de abrirse camino, utilizando cualquier medio a nuestro alcance, estamos alimentando el tipo de sociedad no solo del que venimos sino el que

propicia, en el fondo, desastres ecológicos como el que estamos sufriendo como humanidad que habita en un planeta herido.

Todo está relacionado: educar para el éxito, la adoración al dios mercado, la veneración del dinero como lo único necesario, el triunfo que va dejando a otros menos espabilados orillados en la cuneta y los trabajos que perpetúan esa lógica infernal van configurando una espiral perversa construida por seres anónimos, desvinculados y en permanente estado de excitación por ganar y desentenderse de la casa común que habitan.

Especial cuidado hemos de prestar a las voces masculinas que han alentado esta cultura patriarcal, dominada por los valores que fomentan la conquista y el poderío. El puño cerrado encima de la mesa es su símbolo y la cultura del cowboy su referente. En todo este entramado de personas, estructuras y procesos se cultiva una cultura que elogia al más fuerte y se olvida no solo de los más frágiles, sino que olvida que todos somos frágiles en un mundo frágil. En este contexto, las generaciones de varones de las últimas décadas hemos continuado este orden de cosas ya absolutamente desfasado, pero del que somos producto y copartícipes, al mismo tiempo.

Una vez más encontramos en el cuidado la clave de acción que nos devuelve a la esencia de lo que somos; y nos impulsa a educar haciendo de la colaboración y de la convivencia un arma de construcción intensiva y cordial. Es en el juego del saludo, del reconocimiento cotidiano, del pedir permiso, pedir perdón y dar las gracias donde quizá podamos encontrar algunos de los mimbres que necesitamos para repensar una educación que haga justicia a las verdaderas necesidades del ser humano. Una educación que busque no tanto ser los primeros, sino caminar juntos, construir juntos, y convivir en medio de la pluralidad de culturas, procedencias y situaciones.

3. El cuidado como cambio de paradigma educativo

El cuidado es mucho más que una manera de tratar bien a los demás, con ser ese un objetivo básico y elemental. Es una forma de relación con la vida que vivimos, a partir de los vínculos que generamos, de los que recibimos y en los que nos hallamos como seres vivos. El cuidado conlleva una predisposición personal basada en el respeto, la confianza y la colaboración. Con todo, el cuidado es mucho más que una actitud o el cultivo de un determinado valor. Es un suelo renovado sobre el que asentar propósitos, relaciones, estructuras y modos de comprendernos como seres humanos. Por eso, me atrevo a decir que el cuidado es el eje de un nuevo paradigma de civilización y, por tanto, de educación.

Etimológicamente, *paradigma* es una palabra que significa modelo, patrón, guía. Es el mundo científico el que ha utilizado esta expresión y de ella bebemos. Hoy día, paradigma es un término que se utiliza con excesiva frecuencia y no siempre de modo adecuado.

Sin duda, el paradigma del progreso es el que ha guiado a nuestra civilización durante siglos. Y el progreso no solo es bueno, sino que a una parte de la humanidad nos ha tocado la buena suerte de vivir mejor que nunca. El problema es que a ese progreso le hemos añadido el adjetivo de “infinito” o “ilimitado”, y nos ha hecho creer que todo vale con tal de progresar.

La educación que nace bajo el paraguas del progreso infinito igualmente articula su propio paradigma basado en el éxito individual, en la inserción acrítica en el mercado laboral, en la competitividad y en la falsa creencia de que *más es mejor*. En él se ha asentado la meritocracia tratada en el punto anterior. Este paradigma ya toca techo. Las anomalías y problemas que suscita ya no pueden ser solucionadas desde el mismo paradigma que las ha creado. El maestro en cambios organizacionales, Marshall Gold Smith, acuña una expresión bien interesante: “Lo que nos trajo hasta aquí no nos llevará hasta allí”. En términos globales, el calentamiento global, la desigualdad creciente entre Norte y Sur, o expresado con las palabras del papa Francisco, los gritos de la tierra y los gritos de los pobres solicitan una nueva alianza con la vida y entre los seres humanos. (papa Francisco, 2015)

Por otra parte, el nuevo paradigma que creemos debe acompañar este cambio de época, es el paradigma centrado en el cuidado de nosotros mismos, de los demás y del planeta. Para ello no vale asumir los pilares del paradigma del progreso desbocado. Ni el crecimiento económico indefinido, ni el consumo desaforado, ni la competitividad abusiva, ni la mercantilización de la vida nos conducen al cuidado necesario. Hay que elaborar otros cimientos y buscar otras estrategias. La alternativa no proviene de la confrontación, sino de la atención a la irrupción de un nuevo tiempo y una nueva manera de vivir y convivir.

Nos encontramos en la transición entre lo viejo que acaba y lo nuevo que nace. Un tiempo apasionante que nos coloca en estado de vigilia. A finales de siglo XX el escritor checo Václav Havel escribió, al caer el muro de Berlín: “Creo que existen buenas razones para sugerir que la era moderna ha terminado. Hoy, muchas cosas indican que vamos hacia un periodo transicional, en el que parece que algo está a punto de salir y algo distinto está naciendo dolorosamente. Es como si algo estuviera desmoronándose, descomponiéndose y agotándose, mientras que algo distinto, todavía vago, estuviera emergiendo de los escombros” (Sharmer, 2017).

De los escombros puede surgir, aunque de forma vaga, poco a poco la alternativa de un nuevo paradigma que nos vincule como humanidad. Y este nuevo paradigma no vendrá por el hecho de que combatamos y critiquemos el paradigma del progreso indefinido, sino en la medida en que vayamos cuidando los espacios que habitamos y en los que trabajamos, que cuidemos nuestras relaciones y la casa común que nos alberga. Es decir, en la medida que *Cuidado* sea nuestro compañero de camino.

Ciertamente vivimos en una transición tan inestable como incierta. Entre lo viejo que muere y lo nuevo que nace se encuentra ese periodo que podemos denominar como “interregno”, que al decir de Gramsci es el momento en el que aparecen los monstruos que acaparan nuestra atención. En medio de la incertidumbre en la que nos hallamos y de los miedos ante un futuro inminente desconocido, surgen los fantasmas de los autoritarismos en las distancias cortas (en forma de abusos, acoso, violencia machista, también entre nuestros alumnos adolescentes). Mientras, en las distancias largas, las propuestas políticas más autoritarias y totalitarias se abren paso prometiendo seguridad y libertad individual. Son propuestas ganadoras que bajo la apariencia de seguridad se erigen en monstruos que todo lo acallan.

El pedagogo brasileiro Paulo Freire decía que las personas nos adaptamos al mundo transformándolo. Es un aprendizaje biológico que tiene enormes consecuencias. La realidad es lo que vivimos y también lo que puede llegar a ser. Desplegar posibilidades aún inéditas, pero que podemos acariciar, forma parte de ese encargo educativo y existencial al que el mismo Freire se refirió con el término *inédito viable*. Es nuestra forma de combatir pacíficamente los monstruos que el cambio de época nos está dejando.

El paradigma del cuidado, desde el punto de vista educativo, será ese inédito viable que podemos ir construyendo sin necesidad de destruir nada de lo que nos ha traído hasta aquí. Basta con dejar ir y abandonar comportamientos, aprendizajes, y vocabulario que expresen situaciones de dominio, conquista o éxito a cualquier precio. También habrá que dejar ir estructuras, sistemas y relaciones que apuntalen el progreso indefinido que conduce a su propio fracaso.

4. La educación como relación ética

Antes que programaciones y disciplinas, la educación es un acontecimiento ético que pone en marcha un nuevo comienzo, porque es capaz de generar en el alumnado respuestas imprevisibles por audaces; propuestas inéditas por humanizadoras y sustentadoras de la vida. En este tiempo de incertidumbre la pandemia interrumpe nuestro diario vivir e irrumpe la ética del cuidado como modo responsable de responder lúcidamente a este apagón colectivo al que hemos asistido como humanidad. La educación se despoja de planes y programas y atiende lo que sucede. Por su parte, la ética del cuidado no promueve ninguna virtud sino que se expresa como relación educativa, como lugar desde el cual encontrarnos y como entramado vital que nos sustenta. Partimos no del cuidado que damos sino del cuidado recibido y que rescatamos de nuestra frágil memoria. Somos personas gracias a los cuidados recibidos. Desde la ética del cuidado aventuramos un cambio radical en nuestro modelo educativo.

Probablemente, ninguna reforma educativa emprendió la necesaria reforma de la educación. Las reformas educativas han ido reparando, remodelando y mejorando elementos que pertenecen al mismo sistema. La ética del cuidado contiene la semilla de un nuevo modo de enfrentar el acto educativo; se configura en palanca que acciona estructuras, contenidos educativos, relaciones, modelos de aprendizaje y de evaluación, metodologías, pedagogías y didácticas renovadas. Por ello, la ética del cuidado nos obliga a retomar las preguntas educativas clásicas.

En efecto, en este momento de encrucijada urge no solo hacer, sino preguntarse de nuevo aquellas cuestiones que a veces damos por supuestas y que conforman el *abc* de la educación. Repasemos esas preguntas básicas.

- El *qué* de la educación hace referencia a los contenidos educativos. En muchas ocasiones los sistemas educativos se han basado casi exclusivamente en responder a esta pregunta. Llega la batalla curricular y con ella dirimir qué entra y qué no entra como materia. Ante el cambio climático y el reto de la reconfiguración de nuestro modo de habitar en l plantea, algunas voces hablan de incluir una asignatura sobre Medio Ambiente, u otra sobre los Cuidados. Probablemente, con ser iniciativas loables, se queden cortas. El *qué* de la educación reclama contenidos transversales y saberes compartidos. La fragmentación de disciplinas debe dar paso a una nueva fase de acceso al conocimiento, que pasa por la articulación de contenidos interdisciplinares. Al mismo tiempo, se impone el ensanchamiento del saber integrando la sabiduría que nace de vivirse conectado fuentes sapienciales, espirituales y experienciales y que constituyen una fuente de conocimiento por explorar. Cuando en muchos colegios del planeta se va instaurando la puesta en marcha de un tiempo de silencio en cada aula al comienzo de cada jornada de trabajo, ese hecho se impone como un primer contenido no tangible, que predispone en un marco de cuidado insospechado.
- El *qué cómo* de la educación. Es la pregunta por los procedimientos y por los medios educativos. En la sociedad del conocimiento las nuevas tecnologías han entrado en la escuela dinamizando procesos, metodologías y hasta modelos pedagógicos. Reconociendo su indudable valor, todo ello nos ha sumergido progresivamente en el paradigma tecnocrático que el papa Francisco denuncia en *Laudato Si'*, y que en el ámbito educativo se expresa en que “tenemos demasiados medios para unos escasos y raquíuticos fines” (LS 203). Revalorizar los *cómos* y los medios nos ha de hacer preguntarnos por nuestros fines, por el valor real que damos a cada cosa: qué valor real le damos al respeto, por ejemplo, como valor finalista y qué valor real le damos los medios, ya sea un código ético o un protocolo de prevención de abusos. En muchas ocasiones y con deseos respetables los medios construidos se convierten en auténticos absolutos que paralizan la vida de los centros o introducen factores de sospecha no deseados, por ejemplo, en el campo de la prevención de abusos en

los colegios cuando el excesivo celo por los medios (protocolos) inciden en el fortalecimiento de una cultura de la sospecha que no es lo más conveniente.

- El *para qué* de la educación. Son los fines educativos, esos que normalmente damos por supuestos. Valoramos la educación integral, apostamos por ella porque nada humano nos es ajeno, incluida la dimensión espiritual y trascendente de la persona. Y además educamos para la inserción crítica en un tipo de sociedad plural, hospitalaria y justa. No basta preparar para insertarse en el mercado de trabajo. El cambio climático y la pandemia del covid-19 son señales que nos alertan en una educación que vaya más allá de la lógica del mercado y alumbre personas capaces de sentir y pensar otras relaciones, otras organizaciones y otro mundo por construir. El para qué nos alerta del tipo de sociedad que estamos construyendo desde el colegio, y no es una pregunta para el futuro, sino que es el reto que vivimos en la urgencia del presente. Desde esa urgencia al futuro no vamos, sino que lo traemos: traemos el futuro que emerge desde el cuidado.
- El *desde dónde* de la educación. Probablemente la pregunta más olvidada y menos respondida. Toca la fuente de nuestro ser y de nuestro hacer. ¿Desde dónde educamos? Es la pregunta por el lugar consciente desde el cual vivimos y educamos; y apunta a la conciencia de que los seres humanos no estamos desconectados de las criaturas ni de la vida. Articular la fuente de vida que haga del vínculo con lo vivo una referencia reverencial fundamental, constituye un desafío educativo ineludible para los próximos años. Entonces entenderemos que el acto educativo contiene una indudable cara espiritual, porque el cuidado no es una didáctica, ni una metodología ni un contenido educativo, sino una manera de estar en la realidad que parte de un salto evolutivo personal y colectivo. Para Einstein los problemas que hemos generado solo pueden ser resueltos en un nivel de conciencia superior. Este nivel de conciencia tiene que ver más con la sabiduría que con nuevos conocimientos, con reconocer qué es lo prioritario en el discurrir de nuestra vida y conectarnos con ello.

Por tanto, no habrá cambios como civilización si no hay salto espiritual personal y colectivo hacia una autocomprensión de la vida desde el cuidado que hemos recibido. Resulta imposible modificar un sistema deshumanizado sin un cambio profundo de conciencia. Es la misma vida y su capacidad para hacerla habitable la que nos solicita hacernos con una nueva forma de ordenar la realidad y de instalarnos en ella. A eso le llamamos cambio de paradigma, como venimos insistiendo. Y accedemos a él a partir de un salto interior, ese que va más adentro en la espesura de lo real.

La tarea educativa que pone en el centro el cuidado de la vida ha de responder una a una las preguntas indicadas. Y de modo especial habría que prestar más atención a aquellas preguntas que determinan sentido y dirección: es decir, el *para qué* y *desde donde* educar.

Todas estas indicaciones, que pueden resultar alarmantes, solo se sostienen desde la lógica del cuidado. Aquí descubrimos la carga revolucionaria de un cuidado que ensancha la vida al tiempo que reduce los impactos negativos que vertimos sobre nuestra casa común. El coste de esta apuesta directamente recae sobre nuestra forma de vida. Somos conscientes de que educamos en un escenario económico donde las futuras generaciones van a vivir peor que sus mayores, con menos oportunidades o tal vez con otras diferentes y con más conocimientos. Y en esa dirección el cuidado compromete un modo de vida donde la felicidad no va estar regida por el embudo del tener sino por incrementar experiencias y espacios de cuidado mutuo.

La ética se aleja de las prescripciones normativas que han construido el edificio de la moral, a veces tan distante de la verdadera compasión. La ética del cuidado nace del entramado humano y de la relación de todos con todos; asumimos que la interdependencia global representa una constante antropológica y ha de ser una de las palancas de nuestro actuar. Todo en el universo es relación y nada ni nadie queda fuera de la relación. En este pozo surge la ética como respuesta incierta ante el sufrimiento de todo lo vivo que yace desvinculado o roto. La desvinculación no es una idea: toma cuerpo de migrante naufragando en el Mediterráneo; se expresa en quienes no encuentran trabajo o son expulsados de sus casas; en todas aquellas personas que no llegan a fin de mes, en los niños y niñas explotados y en las mujeres maltratadas. La desvinculación acontece en el consumismo desahogado, en la vida acelerada o en la violencia contra la naturaleza. Entonces, la ética del cuidado responde a cada situación aquí y ahora, cada rostro demanda una respuesta en una situación única, personal e imprevisible, que conecta con situaciones colectivas igualmente deterioradas e injustificables. La ética del cuidado sale al encuentro del otro en la certeza de que, si bien no sabemos a veces qué hacer, sabemos que algo hemos de hacer y confiamos en llevarlo hacia adelante.

Reconocemos, con Freire, que si la educación no lo puede todo, alguna cosa fundamental puede la educación. Y esa otra cosa que puede es generar un pensamiento crítico y una capacidad de respuesta adecuada al desorden establecido en que vivimos. Greta Thunberg se dio a conocer en un pequeño discurso en la Cumbre sobre el cambio climático celebrada en Polonia en 2018. Allí dijo: “si las soluciones dentro del sistema son tan imposibles de encontrar, quizá deberíamos cambiar el propio sistema; os habéis quedado sin excusas, y nos estamos quedando sin tiempo”. Los tímidos aplausos y las miradas de perplejidad de la clase política allí presente auguraban -paradójicamente- lo adecuado de aquellas palabras.

Apremia el cambio de paradigma que no se logra criticando solo el actual sino poniendo las bases y trenzando iniciativas de otro alternativo. La ética del cuidado nace como aportación a este nuevo modo de entendernos como especie humana y de habitar la casa común. Queremos direccionar la

educación hacia el cuidado porque ya no podemos apuntalar por más tiempo la sociedad del rendimiento, la búsqueda del éxito personal a cualquier precio o el hambre de consumismo.

“Somos la especie en peligro de extinguirlo todo”, rezaba una de las pancartas que los estudiantes sacaban a la calle en las movilizaciones de otoño de 2019. Nos encontramos ante una nueva generación: más concienciada que la adulta, más preparada y con más ganas de promover un cambio local y global. No la defraudemos.

5. Valores que acompañan al cuidado

La educación es un acontecimiento en el que la presencia del otro nos trasciende como educadores y frente al cual asumimos una responsabilidad de respuesta, hospitalidad, cercanía y buen trato. La relación educativa es, ante todo, una relación ética que proporciona suelo para desarrollar valores que humanizan y acompaña en la búsqueda permanente de sentido.

Como educadores nos encontramos no ante una obra por hacer sino ante personas que nacen a la vida con nuestra ayuda. En ese trance, los planes previos hay que relativizarlos; asistimos al milagro de un inicio. Cada vida es un absoluto al que acompañamos desde el respeto y el cuidado. El filósofo Joan Carles Mèlich (2006:33) nos recuerda que:

“Educar es cuidar del otro, es hacerse cargo de él, acompañarlo, acogerlo. Por eso en toda educación hay ética. Son inseparables una de otra. Educar es dar si esperar nada a cambio. En este “dar” educativo es un “darse”. En la relación educativa no solamente se da algo sino que también se da alguien. Y esto es la ética”

La educación es un modo de acción que ayuda a que el otro sea alguien, con capacidad para nombrar sus preferencias, gustos y necesidades con libertad. El acontecimiento de la educación hace posible que quepa esperar del otro lo inesperado, lo imprevisible. Por eso, la relación entre profesor y alumno no es meramente técnica ni estratégica, sino sapiencial y ética. El cuidado aterriza necesariamente ese modo de relación.

La inspiración socrática de educar como forma de extraer las mejores posibilidades de humanización, constituye uno de los acontecimientos éticos centrales de la educación como ejercicio del cuidado. Algo semejante expresa Miguel Ángel en relación con su obra *El David*; como escultor, Miguel Ángel se limitó a quitar el mármol sobrante para que ese David saliese al exterior, para dejar ver todo lo que había en su interior, porque él ya estaba allí. Freire solía decir que la obra del educador se asemeja a la del escultor. Quien educa es un esteta que se esfuerza en ver lo que cada alumno porta por sí mismo, porque cada alumno ya está ahí: solo hay que aprender a verlo y reconocerlo. No se trata de escupir a nuestro antojo para modelar “mi” alumno; al contrario, se trata

de ayudar a que salga y aparezca el otro en su mejor versión, en su más alta posibilidad de realización humana, permitiendo que sea él mismo, ella misma.

Ética del cuidado y educación como acontecimiento ético tienen un nexo fundamental. Tradicionalmente, la ética del cuidado, en vinculación con la educación del carácter, tiene su fundamento en el tratamiento del cuidado como virtud. En nuestro caso nos apartamos de este punto de vista, y nos situamos, junto con Nel Noddings, en una clave eminentemente relacional. La ética del cuidado “se centra más en la relación que en el agente, y se ocupa más de la relación de cuidado que del cuidado como virtud” (2009:22). No se trata de inculcar unos valores o unas virtudes. Más bien, el cuidado ayuda a crear las mejores condiciones que estimulen a los alumnos a dar lo mejor de sí mismos. En esa dinámica relacional, tanto los receptores como los agentes del cuidado contribuyen a mantener la relación educativa de ida y vuelta.

El cuidado se desmarca de la esfera de los principios a partir de los cuales se derivan actitudes y comportamientos deseables. No nos encontramos ante una nueva teoría ética. El cuidado forma parte de la entraña de lo humano, es un elemento constitutivo de lo vivo y abunda en la conservación de la vida que desarrollamos y con la que nos relacionamos. Por eso entendemos el cuidado en clave relacional y en esa medida la educación es un ámbito de cuidado fundamental.

Entre las mejores condiciones de posibilidad que generan la riqueza del cuidado en las tramas relacionales en nuestros marcos educativos, destacamos tres valores indispensables. Son las tres R del cuidado.

- *El respeto*, que nace de la sabiduría de saber estar y mantener la distancia adecuada. Respetar es anclarse en una proximidad que no agobie ni invada, al tiempo que exige salir de la zona confortable de la indiferencia o la lejanía que nada afecta. Cada alumno afecta y me afecta. El respeto se construye con la capacidad de escucha, saber esperar, observar sin anular.
- *El reconocimiento*, que es el arte de legitimar al otro como un otro tan absoluto como yo, tan digno como yo; esa legitimación provoca visibilizar al invisible, llamar por su nombre al que es tratado desde el apodo del menosprecio, saludar al señalado por lo que sea. Nadie es indigno de reconocimiento. En ese acto recuperamos al otro, esté donde esté, y lanzamos un cable de seguridad de inigualable aprecio.
- *La reconciliación*, como camino de resolución de conflictos, cuando se pueda dar. El cuidado se enfrenta a la visión punitiva del conflicto donde la sanción pone fin a las situaciones de difícil resolución. La vía restaurativa no esconde el conflicto y lo entiende como un elemento cotidiano de la vida de las personas y de la convivencia, también en la escuela. Las relaciones pueden estropearse y, al mismo tiempo, mediante procedimientos adecuados, pueden salir fortalecidas y reconciliadas. Ese será un signo de cuidado supremo.

El cuidado atraviesa las estructuras de la escuela, tonifica los procesos educativos y provoca un perfil de educador determinado. No estamos ante una moda pasajera o ante un reclamo efímero. Tomarse en serio el cuidado en la educación significa abandonar la meritocracia como forma de instalarnos en la realidad; es decir, abandonar el paradigma del progreso individualista y posesivo que nos ha traído hasta aquí. Y, al mismo tiempo, el cuidado nos invita a generar un paradigma alternativo a partir de la nueva sensibilidad más ecologista, más igualitaria y responsable, que al menos yo atisbo en las generaciones más jóvenes.

6. Sin olvidar la justicia

Tradicionalmente, se ha enfrentado la ética del cuidado a la ética de la justicia. La primera se ha entendido como una práctica que quedaba relegada al ámbito privado y doméstico y se ejercía fundamentalmente por las mujeres que quedaban al cuidado de sus hijos y de los mayores, mientras que los hombres organizaban la sociedad en la plaza pública desde la ética de la justicia. Esta división hoy resulta insostenible. La ética del cuidado alienta una forma especial de fomentar una ética de la justicia y tanto el cuidado como la justicia son indispensables en la vida pública.

Cuidado y educación se hermanan en la construcción de otro mundo posible desde acciones concretas que tienen que ver con el cuidado de la palabra, saludar al otro, pedir perdón, resolver pacíficamente los conflictos, movilizarse ante el cambio climático. Porque el mundo no es, sino que está siendo, nos recuerda Freire. Y el cuidado se vincula con la indignación ante la injusticia y ante aquello que nos hace gritar “¡no hay derecho!”. Cuidado y justicia no se excluyen; al contrario, son dos caras de la misma moneda de humanización de nuestro mundo.

En términos educativos abogamos por una educación que promueva una *ciudadanía ecosocial*, que la entiendo como un proceso por el que los participantes en una actividad o proyecto ecosolidario se implican en la construcción de la justicia y del cuidado de la vida. Los vínculos con uno mismo, con los demás y con el planeta reclaman una convivencia que integre al alumnado, no solo en una sociedad justa, sino en un planeta habitable. Nos encontramos ante el reto de educar en la interdependencia y la ecoddependencia, no de forma teórica sino experiencial. Somos interdependientes, es decir, nos necesitamos unos a otros para vivir en sociedad. La convivencia justa que promueve la humanización ha de ser la clave de bóveda de una sociedad que responda a las necesidades de los más frágiles, de los que están orillados en el camino. Al mismo tiempo, la ecoddependencia nos permite comprendernos como un nudo de relaciones direccionado hacia todo el universo vivo, donde todo está conectado y del que somos tan solo un hilo de vida frágil en un contexto cambiante.

Este enfoque, donde el cuidado y la justicia se hermanan en el mismo acto educativo, contiene algunas características significativas:

- *Estar en la realidad*: sentirla y no solo saberla por los libros. Y para sentirla hay que salir del colegio, es preciso hacer experiencia de lo que ocurre en el barrio, en el pueblo, en la ciudad. El colegio forma parte de un ecosistema que debe conocer el alumnado y de esa forma poder realizar un mapeo de las necesidades que existen en el lugar que habitan: necesidades de personas, necesidades medioambientales.
- *Colaborar con organizaciones ecosolidarias* que trabajan en el territorio y que promueven acciones solidarias entre los más vulnerables o actividades que recomponen el cuidado de la naturaleza.
- *Proponer acciones mancomunadas entre colegios y organizaciones* a través de los proyectos de Aprendizaje y Servicio, que constituyen un indudable cauce de aprendizaje significativo a través del servicio a la comunidad, mientras que ese servicio se constituye en una suerte de aprendizaje inédito que proviene de la experiencia adquirida.

La justicia tiene un enfoque experiencial, como el cuidado. Probablemente se llega a la experiencia del cuidado desde la experiencia del descuido con uno mismo, con los demás y con el planeta. Y es esa desvinculación la que solicita cambiar la manera de estar en la realidad. El cuidado promueve un nuevo tipo de persona reconciliado con su esencia, que es la relación. Del mismo modo, a la justicia no se llega por las teorías o modelos de justicia, sino a partir de la experiencia de injusticia, del sufrimiento de las vidas que nos rodean y ante las cuales se pasa de manera indiferente o acelerada. La justicia promueve un nuevo tipo de sociedad, ajustada a las necesidades y capacidades de las personas, y donde las personas se sientan y comprendan a sí mismas como parte de la Tierra que habitan.

En medio de tanta incertidumbre, una cosa tenemos clara: son los jóvenes que hoy están en nuestros colegios y universidades los que en pocas décadas han de tomar de forma obligatoria decisiones sobre el consumo de alimentos, de energía y de organización de nuestra sociedad, y así ayudarán a configurar modos de vida más ajustados a las posibilidades reales. Quizá se llegue a esta situación porque el descuido se haya convertido en un viaje sin retorno. Esperemos que no. Pero estas nuevas generaciones reclaman el cambio que haga posible la vida vivible. Y ello pasa asumir el cuidado en el corazón de la nueva civilización que emerge.

Bibliographic references

- Boff, L., (2002). *El cuidado esencial*, Trotta, Madrid.
- Lévinas, E., (1991), *Ética e infinito*, Visor, Madrid.
- Mélich, J.C. (2006). *Transformaciones. Tres ensayos de filosofía de la educación*, Miño y Dávila, Madrid.
- Noddings, N. (2009), *La educación moral*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Papa Francisco (2015), *Laudato Si'*.
- Sharmer, O. (2017). *Teoría U*, Eleftheria, Barcelona.